

# ÍNDICE

Presentación.....	11
Prólogo.....	13
Descifrar y escribir en jeroglíficos .....	17
La fiesta barroca .....	23
Cómo se “escribe” una estatua.....	42
Fronteras entre arte y escritura .....	52
Escritura y resonancia.....	69
Criterios de edición y traducción .....	91
<i>Obeliscus Zacatecanus sive Elogium hieroglyphicum ex Aegyptiorum doctrina depromptum.</i> Versión en latín de 1727 con la representación de Ricardo Barajas Pro .....	101
<i>Obelisco zacatecano o elogio jeroglífico extraído del arte de los egipcios.</i> Traducción al español.....	113
<i>The obelisk of Zacatecas or a hieroglyphic praise drawn from the teachings of the Egyptians.</i> Traducción al inglés.....	125
Lectura fonética de los jeroglíficos .....	135
Bibliografía.....	141

## PRÓLOGO

El libro que el lector tiene en sus manos es una edición trilingüe de un texto que salió publicado en 1727, originalmente en latín, en la Ciudad de México y que hoy se pone a disposición del público en español e inglés. Su autor, el conde de Santiago de la Laguna, Joseph de Rivera Bernárdez, era un peninsular radicado en Zacatecas, heredero de una enorme fortuna, y poseedor de una vastísima cultura, y quien terminó su vida como clérigo. El tema, la descripción de los jeroglíficos de un obelisco «egipcio» que él mismo mandó levantar en la plaza que estaba frente a su palacio para conmemorar el efímero reinado de Luis I, elevado al trono español en enero 1724 por su padre Felipe V de Borbón y muerto de viruela siete meses después.

En una erudita y extensa introducción a este texto, Carmen Fernández Galán Montemayor utiliza el obelisco como un pretexto para darnos una amplia panorámica de la vida social y cultural de la ciudad de Zacatecas en el siglo XVIII y del contexto intelectual en el que fue elaborado este curioso monumento. Por entonces, la ciudad de México y las otras ciudades importantes de Nueva España recibían la producción intelectual y artística de la Ilustración católica que se desarrollaba tanto en España como en Francia, Austria e Italia. Esto fue posible gracias a la profusa distribución de libros y obras de arte procedentes de Europa, a la presencia de órdenes religiosas multinacionales como la Compañía de Jesús y a la circulación de autoridades, mercaderes y clérigos facilitada por los caminos marítimos abiertos entre ambos continentes desde el siglo XVI.

En los inicios de esa globalización temprana y en un Imperio español conformado por múltiples reinos e identidades, era posible la convivencia entre la diversidad regional y la homologación administrativa y cultural impuesta por el régimen borbónico. Por otro lado, los fuertes vínculos que unieron a la urbe minera con la capital del virreinato propiciaron una creciente interacción entre ambas que se reflejó tanto en la economía como en la cultura. Zacatecanos ilustres radicaron en la ciudad de México, enviaron a sus hijos a educarse en su universidad, en sus imprentas publicaron obras e ingresaron a sus hijas en el convento de San Lorenzo de la capital. Como partícipes de unos códigos culturales comunes, en ambas ciudades funcionaban los mismos aparatos de representación utilizados tanto por las autoridades como por las corporaciones y familias. Por medio de edificios, emblemas, escudos de armas, vestimenta propia, publicaciones, santos y fiestas, dichas «instituciones» creaban símbolos que, a su interior, forjaban identidades entre sus miembros y, hacia fuera, generaban prestigio y respeto y hacían visibles y presentes entidades jurídicas tan abstractas como las autoridades, las corporaciones y las familias.

De todos los aparatos de representación, los edificios, monumentos y fiestas eran los que cumplían con mayor eficiencia los objetivos de la representación, pues además de que casi todo el resto de los signos estaba supeditado a ellos, su presencia se imponía en calles y plazas, con lo que tenían asegurada la apropiación física y social de los espacios urbanos. La funcionalidad que tenía la representación social, tanto para las autoridades como para las corporaciones, justificaba las grandes fortunas que se gastaban en la construcción de edificios y monumentos y en la organización de fiestas.

Frente a la incuestionable eficacia de los primeros, cuyas moles aún forman parte de los paisajes urbanos de nuestras actuales urbes, el carácter efímero de las segundas obligaba a dejar constancia de su transcurrir por medio de impresos. Con todo, desde la perspectiva de las autoridades, es decir, desde el ámbito oficial, la fiesta era uno de los mejores medios de mostrar el poder, de controlar a las masas y de mantener la estabilidad y la concordia en una sociedad dividida por profundas diferencias étnicas y sociales. En la fiesta se ponía de manifiesto el esquema sacralizado de una sociedad jerárquica y estamental caracterizada por la desigualdad y la inmovilidad sociales, las cuales se justificaban a partir de un supuesto designio divino impuesto tanto al

hombre como al universo. Con el aval del Cielo, la Iglesia y el Estado se habían erigido en los garantes de la conservación del orden social y, por ello, en los principales promotores de fiestas y celebraciones públicas; estas podían ser religiosas o civiles, según la autoridad que las organizaba, aunque tal división no era tan tajante, pues en ambas lo sagrado convivía con lo profano, los toros con las procesiones, los santos cristianos con los dioses grecolatinos y egipcios.

Emanadas del poder público, las celebraciones civiles exaltaban a la monarquía española, su grandeza y solidez. Bautismos, matrimonios, coronaciones, juras y funerales de la familia real, conmemoraciones de triunfos bélicos, recibimientos y exequias de virreyes y arzobispos, generaban grandes despliegues de actividad festiva; esta era costeadada casi siempre por los ayuntamientos, encargados de mostrar la fidelidad de los súbditos novohispanos del reino a sus distantes reyes.

En este contexto, el obelisco erigido por el conde de Santiago de la Laguna como símbolo imperial por excelencia, era un monumento que sirvió para conmemorar el efímero poder de Luis I, su temprano matrimonio con Luisa Isabel de Orleans, su jura como rey y sus funerales. Con mensajes ocultos dirigidos a una élite que podía leer en latín, este artefacto cultural ponía de manifiesto un saber esotérico que debía ser descifrado dentro de los términos del hermetismo, tema extensamente tratado por Carmen Fernández Galán Montemayor en su introducción. A partir de los postulados universalistas del neoplatonismo (que creía en la existencia de una sabiduría común a todos los pueblos), varios intelectuales católicos, como el jesuita Athanasius Kircher, buscaron las compatibilidades del cristianismo con los postulados de la ética y la religión naturales presentes en las civilizaciones con las que los jesuitas estaban entrando en contacto en sus misiones. Para estos pensadores las culturas de la India, China, Persia, Mesoamérica y el área Andina debían sus conocimientos a Egipto, cuna de la astrología, de la alquimia y de toda la sabiduría esotérica.

Con la adopción del hermetismo mágico y su adecuación a los mensajes cristianos se pensaba haber encontrado un lenguaje común para dialogar, tanto con los protestantes como con los sabios de otras civilizaciones. Ese contexto explica por qué se creía que los jeroglíficos egipcios encerraban esos secretos y que las claves para su interpretación no diferían mucho de aquellas que los europeos utilizaban en su emblemática y que imprimían en arcos y túmulos. Esta visión

partía de la retórica, arte para la cual el conocimiento se adquiría por la libre asociación de palabras y conceptos y que utilizaba la metáfora como una forma de aproximación a la realidad por medio de la intuición. Con el abuso de ese tipo de interpretaciones la forma devoró al contenido y la apabullante erudición ahogó la comprensión cabal. En el espacio que dejó el agotamiento de tal recurso nacieron la ciencia, con su método racional y experimental, y el arte, que se desligó de la religión en busca de un lenguaje propio.

Carmen Fernández Galán Montemayor descubre en el texto de Joseph de Rivera Bernárdez la interacción de tradiciones tanto en la esfera de lo sagrado como de lo profano. Para la autora de la introducción, las metáforas y jeroglíficos que se describen en el texto se mueven entre la racionalidad de Apolo y la ensoñación de Morfeo, entre lo lúdico y lo satírico, lo efímero y lo memorable, la crítica y la adulación, la humildad y la soberbia, el elogio y el autoelogio, la escolástica y el hermetismo. En sus discursos convivían los bestiarios, herbarios y lapidarios con los espejos de príncipes, las iconologías y los tratados de emblemática. Seas bienvenido, lector, a un mundo lleno de sorprendentes metáforas, de insondables secretos y enigmas, de insólitas e intrincadas asociaciones que te harán pensar y soñar.

Antonio Rubial García  
Ciudad de México, 2024